

Federico Peltzer

DIVAGAR

A veces imagino
que tus manos se desbocan,
que se vuelven viajeras,
se les pegan estrellas a tus dedos,
se funden soles en tus palmas mudas.
Surcan la noche improvisadas,
cabalgan en el pulso del espacio,
se agitan como un soplo de penumbra,
sacuden las ventanas, las cortinas
y aterrizan en mí,
pájaros confundidos
o felinos despiertos.
A veces imagino
que rezo a un dios ausente
y me responde.

EL BESO

Se acerca,
amaga, dominante
antes de poseer.
Mira unos labios pétalos,
intuye una tibieza
plegada a la medida
del deseo.
Vacila,
ya enfrentado;
teme retroceder y consumirse
en el revuelto impulso.
La ve a su alcance: espera.
¿Lo está esperando?
Basta un gesto final

de la audacia sujeta,
arrebato que augura
plenitudes.
En la espera presente
suave, fugaz contacto,
posesión, dependencia,
solapado demonio
ángel de invicta llama.
¿Brotará de aquel roce
un rostro revelado,
una explosión del ser?
Se vuelve sobre sí
con el último espasmo.
Otro orden lo mueve,
el orden del desorden.
Siente estallar un sol
recién nacido;
lo acaricia una luna
roja como un imperio.
Todo está consumado.
El mar besa a la playa.

LA VELA

Marcha el velero por el mar.
Por encima del mar, el viento
peina la vela de doblez latina:
una apunta a la aurora,
otra al poniente. Busca el remoto norte sin saberlo,
aunque navega persiguiendo el sur.
El audaz tripulante
ignora que es juguete de una fuerza
y ciego servidor de unos ojos voraces.
Hay una vela
que apunta solamente hacia arriba,
desprendida del mar,
señora de los vientos.
Su punto cardinal está en la altura.
¿Quién dispondrá de aliento para izarla
y gobernar la nave,
a salvo de borrascas,
hasta el lejano puerto
donde mana la fuente de la luz?